

Rainy Day Women

J

Mirando a la pareja de ancianos de la mesa de al lado, **J** me dice: "Eso podíamos haber sido nosotros. O no..." Aclaro que cuando dice "nosotros" no se refiere a mí en absoluto. **J** es viuda; perdió a su marido no hará ni dos años, por causa de una galopante enfermedad y está extrapolando lo que pudo ser su vida de pareja mientras mira a la de jubilados con una sonrisa que nunca se jubila. Desde hace unos meses siempre está radiante y contenta. Uno, que es lineal y retrógrado, muchas veces no se explica la aparente gran facilidad que tienen algunas personas para salir de crisis graves. Soy consciente de lo mucho que **J** amaba a su marido, de lo altamente correspondida que era y, lo siento, amigos, no me explico ni me acostumbro a verla tan encantada. Igual me lo explica ella. "No hay seguros que cubran el desamor. Nos amamos hasta que murió. Capítulo cerrado". Siempre me dice eso cuando le pongo, con un poco de reproche, su alegría contagiosa. Y es que ella es de las que siempre ven la botella medio llena, mientras yo pertenezco al grupo de los que responde a la pregunta con otra: "¿Qué botella?" (Que nunca se sabe si lo nuestro es de sicólogo o de oculista). Seguro contra el desamor... qué cosas dice **J**.

Sobre el otro seguro, el de vida, me comenta que sí, que cobró una importante indemnización y ahora se dedica a vivir de rentas. "¿Y a rehacer su vida?" "No, amigo. La vida no se rehace, porque nunca se deshace. Es la que es, con sus alegrías y sus penas y simplemente continúa". Tiene razón **J**. La vida es la que es y te toca lo que te toca. Tubo sostiene que allá arriba Dios y Satanás juegan a los barcos y los barcos somos nosotros. "Cuando te pones enfermo es un tocado. Y cuando te mueres, hundido". Así será probablemente. Tal vez los humanos somos éso, un juego, una diversión para los seres superiores y aquí abajo seguimos amando, odiando, hablando e incordiando hasta que nos hunde y nos lleva Dios o el Diablo.

J dice que no habrá más hombres en su vida. A éso es a lo que se refiere como "Capítulo cerrado". "Lo mismo habríamos dejado de querernos, nos habríamos separado o que sé yo... Te repito que contra eso no hay Mutua que te asegure, de modo que lo que fue, fue y ya está". Se ríe, saca un mechero y

enciende un pitillo. Curioso éso de considerar los hombres como una etapa en la vida. Únicamente las mujeres son capaces de algo así, porque nosotros, tan fuertes y tan dominantes no valemos para aplicar la recíproca. Pasamos de una a otra, buscando la mujer ideal y, probablemente, la mujer ideal pase de los hombres y los considere una mal menor y un estadio en su desarrollo. No me quiero poner triste y entrar en el terreno de Steady, quien se había hecho ilusiones con la viudita hasta que ella le dijo "gracias, pero lo dejé". Lo dejó. Como si los hombres fueran un vicio, de adicción inferior al tabaco, aunque seguramente con más humos. "No me pierdo nada. Tengo amigas y cuando quiera, tendré soledad. ¿Qué me puede faltar? Quizá cuando pasee por la playa le eche de menos, pero no creo. No hay nada como andar junto al mar cogida de la mano de tu ego". Entonces, cuando dice éso, la imagino viejecita, como los de al lado, vestida de colores chillones y dejándose acariciar los pies desnudos por las olas, calmada, tranquila, segura. Con la seguridad de quien ha sido feliz en compañía y que, cuando eso acabó, supo encontrar la felicidad en si misma. Y la veo andando sigilosa tras su ego para echarle, traviesa, un poco de agua en la cara. Falta para eso, pero llegará. Sin duda, *J* será una viejecita muy interesante. Pero ahora aún es joven y admirable. Y tan segura, tan dura y tan simbólica que así, con el mechero en la mano extendida mientras busca otro pitillo, no sé por qué, pero me recuerda un poco a la estatua de la Libertad.

es.humanidades.literatura
16 mayo 2004